

Capítulo Cinco - Perseguir la Luz del Sol

El Endeavor tembló mientras intercambiaban disparos y golpes. Jonathan hizo una mueca cuando un misil resplandeciente trazó un arco sobre las ventanas del puente, desvaneciéndose al caer hacia el campo abajo, pero Montgomery hizo caso omiso del casi impacto. En su lugar, revisó con atención el enorme mapa fijado en la pared junto al navegante, intentando determinar un punto de aterrizaje. Aunque estaban en un duelo de artillería con una nave mejor armada, el verdadero peligro era la tormenta que se acercaba.

Ya los motores luchaban por contrarrestar los vientos contrarios, los ráfagas súbitas inclinando la nave de un lado a otro. Un par de relámpagos mostraban un manto de nubes oscuras que se levantaba y se iluminaba mientras retumbaba el trueno. Los paneles en la consola del navegante giraban de forma desenfrenada, y el triskolabe temblaba y rebotaba contra la cadena que lo sujetaba en su lugar.

“Qué mala suerte,” dijo Montgomery, pasándose los dedos ensangrentados por el cabello rebelde. Aunque él mismo no había resultado herido, algunos de sus hombres sí, y nadie tenía tiempo de limpiarse durante una crisis. “No podemos permitir que nos derriben a quién-sabe-dónde.”

“No lo creo por suerte,” opinó Jonathan, limpiándose la espada-caña con su pañuelo, a pesar de que estaba perfectamente limpia. “Hay al menos tres métodos que conozco para prever el clima — aunque no sé cómo usarlos,” añadió, ante la mirada de Montgomery. “Nuestro destino no era precisamente secreto, y cualquiera con conocimiento de aerostáticos podría deducir la ruta hacia Danby’s Point.”

“De todas formas, ¿cómo supieron cómo encontrarnos?” Montgomery observaba por la ventana la otra nave, que ya había abandonado cualquier pretensión de estar oculta. Desde su interior emporaba una luz azul que delineaba una doble fila de cañones, a pesar de ser mucho más pequeña que el Endeavor.

“Recibieron un mensajero rápido hace dos días; la tormenta tenía como objetivo cubrir la desaparición del Endeavor,” explicó Antomine, entrando en el puente. Su uniforme blanco permanecía impecable, libre de sangre o manchas. Jonathan no lo había visto desde que empezó la batalla, pero claramente no había tenido problemas. “Ninguno de los interrogados sabía mucho, pero son exmarineros, corsarios que suelen operar en el sur. Alguien los pagó para que nos persiguieran, pero para descubrir quién en realidad, habría que interrogar al capitán.”

“Alguien realmente no quiere que tengamos éxito,” dijo Montgomery con dureza, frunciendo el ceño mientras miraba la otra nave.

“Eso parece,” concordó Antomine. “¿Puedo usar tu camarote, Capitán? Tengo unos hombres que necesitan confesarse.” Ante el asentimiento de Montgomery, Antomine dio media vuelta y salió del puente, alejándose en rápidos pasos.

“No creo que puedan alcanzarnos tras esta tormenta. A menos que nos sigan hasta abajo,” dijo Montgomery, luego se giró y le gritó al navegante. “¿Dónde diablos estamos, Jenkins?”

“El único lugar donde podemos amarrar es Danner’s Grasp,” informó Jenkins, recitando un rumbo y una dirección. Montgomery manipuló los controles y giró el volante, haciendo clic en la ratchet, mientras el motor lo inclinaba. La nave tembló al comprimirse la envoltura, forzando que el gas de elevación entrara en cilindros presurizados, haciendo que todos en la cubierta sintieran el vértigo al comenzar a perder altitud.

Un relámpago aún más cercano iluminó rápidamente el suelo en millas a la redonda, revelando un paisaje áspero cubierto de hongos altos, arbustos de garganta profunda y enredaderas espinosas, aunque al sur se distinguían muros bajos y líneas rectas de campos de cultivo. Por un instante, se percibieron dos manos de piedra enormes y con seis dedos, que surgían del suelo para intentar alcanzar el cielo: restos de un monumento antediluviano enterrado bajo piedra y tierra desde hace siglos. Se vieron manos humanas sujetando varas de amarre a los dedos extendidos y colocando luces en las palmas vacías, mientras el resto del pueblo se acogía entre las estatuas expuestas.

Todo era visible sólo por un instante antes de que la luz se desvaneciera, pero fue suficiente para guiar la nave. La nave se inclinó, luego se enderezó mientras aceleraban hacia el sur. Los relámpagos del enemigo se desvió, lanzados por el cambio repentino, y los motores del Endeavor brillaron con intensidad cuando Montgomery los llevó al máximo. La nave enemiga se movió para perseguirlos, pero el fuego disciplinado de los guardias de Antomine pareció haber causado algún daño y no podían maniobrar con tanta rapidez. Con los fuertes vientos de la tormenta, eran arrastrados fuera de rumbo — lo suficientemente rápido como para que no pareció posible llegar a Danner’s Grasp.

Jonathan vio que no era necesario y se excusó de la sala de mando, mientras Montgomery ordenaba a sus hombres que cesaran el fuego. Pasó junto a las cabinas de la tripulación, y vaciló brevemente donde Antomine y el doctor del barco atendían a uno de los hombres heridos por un disparo, pero una voz baja llenó la habitación y Jonathan se apresuró a seguir. A pesar de su opinión personal sobre Antomine, la confesión final de un hombre era sagrada y Jonathan no iba a interferir con preguntas indiscretas.

Tuvo que sostenerse al subir las escaleras cuando el barco se tambaleó, ya fuera por una ráfaga de aire descendente o por el impacto de la lluvia de proyectiles, y el cadáver del primer intruso que había muerto se desplomó por las escaleras abajo. Jonathan apretó los dientes al ver la escena y el olor, y tomó el cuerpo al paso, arrastrándolo hasta la planta superior. Cuando salieran de peligro, habría mucho por limpiar.

“¿Quiénes eran?” La voz de Eleanor surgió mientras él recogía la funda de su bastón. Jonathan se enderezó y se dio la vuelta, descubriendo que su vestido estaba chamuscado y salpicado de sangre, pero sus ojos brillaban con intensidad. “Y, ¿cómo es que aún te ves impecable?” añadió,

agitando la mano en dirección a su traje sin arrugas.

“No estoy muy seguro, pero huele igual que esos dispositivos que encontraste en los tanques zint,” dijo Jonathan, ignorando la segunda pregunta porque apenas era relevante. “Diría que o el Rey Iluminado o el Consejo Reflejado, pero ambos tienen intereses en juego.”

“Ni la Corona ni el Consejo son monolíticos,” afirmó Eleanor, apoyándose en la pared mientras la nave temblaba y se inclinaba, haciendo que un fusil caído rodara por el pasillo hasta que Eleanor lo detuvo con un pie. “Pero es extraño. Mucho esfuerzo. Casi como si supieran algo que nosotros ignoramos,” concluyó, observando a Jonathan con recelo.

“Algo que yo también desconozco,” dijo él con gravedad. “Sé que hay luz solar. Sé cómo llegar a ella. Pero incluso mi padre encontró muy poco sobre qué es la luz del sol, o qué es un sol, para el caso. Esa interferencia puede ser de alguien que sí sabe, y teme lo que podríamos hacer con ello.”

“Oh, me gusta esa idea,” exclamó Eleanor con una sonrisa repentina, luciendo algo primal con la sangre seca en su vestido. “Todo aquello por lo que alguien esté dispuesto a matar merece ser descubierto.”

Jonathan apretó los labios para evitar discutir. Ella estaba equivocada, pero sabía que ninguna de sus palabras podría disuadirla. Aunque había sido un expatriado de la Sociedad de Exploración durante mucho tiempo, había visto lo suficiente en sus archivos como para entender que a veces no valía la pena pagar el precio para desenterrar lo que había sido sepultado. Ya fuera en dinero o en vidas.

“Estamos anclados en Danner’s Grasp,” dijo en su lugar. “Sospecho que la otra nave no será problema, debido a la tormenta, pero si también se anclan allí, tendremos que enfrentarnos a ellos.”

“Eso no será un problema,” dijo Eleanor con gravedad. Jonathan podía creerlo. Todavía tenía recursos propios, pero era muy probable que ninguna tripulación normal pudiera impedir que Eleanor los acechara como una sombra de muerte. Aunque era poco probable que algún corsario exitoso fuera completamente normal.

Un agudo aviso de dos tonos resonó a través del tubo de comunicación, seguido por la voz del Capitán Montgomery alertando sobre una correa repentina. Considerando lo lejos que estaban las manos de piedra, o habían sido alcanzadas por un viento de cola bastante fuerte, o Montgomery anticipaba los acontecimientos. Pero Jonathan confiaba en que el Capitán sabía lo que hacía, y podía sentir el chocón de la robusta cadena extendiéndose a través del tablazón.

De repente, la cubierta superior resonó como un gong, seguida por el lento chisporroteo de una chispa que se apagaba tras un impacto directo de cañón. Eleanor se estremeció, mirando hacia arriba con la primera muestra de nerviosismo que había visto hasta entonces, y extendió la mano para agarrar la barandilla que rodeaba el pasillo.

“¿Va a mantenerse en pie esto?” Murmuró ella.

“Esto no es nada,” le aseguró Jonathan, sin preocuparse demasiado. “Incluso si nos hacen un agujero, sería solo un inconveniente.” Si hubieran tenido tiempo para que la otra nave apuntasen sus blancos con precisión, o al menos para impactar la envoltura de la Endeavor, habrían tomado medidas. La primera batalla naval en la que había participado terminó con su carguero convertido en una pila de chapas y agujeros, pero aún volaba. Contaban con suficientes suministros a bordo y en Danby’s para reparar cualquier daño.

El único problema real sería si uno de esos cañones alcanzaba a alguien. Solo había conocido a uno o dos que pudieran sobrevivir a eso, y no tenía ganas de volver a encontrarlos.

La Endeavor se balanceaba y temblaba, y luego cambió abruptamente de rumbo cuando las sogas quedaron atrapadas en algo. Incluso, con precaución, estuvo a punto de salir volando, y solo la sujeción de Eleanor a la barandilla impidió que fuera lanzada por el pasillo. El zumbido de los motores vibraba por toda la cubierta y luego se apagó cuando la nave se estabilizó.

“Estamos atados,” dijo la voz del grumete a través del tubo de comunicación. “Todos a bordo, aseguren la nave.”

“¿Y qué hay de nuestro visitante indeseado?” Preguntó Jonathan, hablando por el tubo que bajaba hasta la cubierta.

“No parece que puedan dar la vuelta a tiempo,” respondió la voz de Montgomery. “La tormenta los empuja hacia el sur. Nosotros estaremos—” Lo que intentaba decir fue ahogado por la lluvia que azotaba la cubierta superior, seguida de un nuevo trueno. “—el médico local. Mejor aprovechemos para reabastecernos mientras estamos aquí.”

“Entendido,” respondió Jonathan desde el ruido, y miró a Eleanor. “¿Necesita Marie un médico?”

“Debería ver a uno,” admitió Eleanor a regañadientes. “No estoy segura del cirujano de a bordo, me parece un poco...” Se quedó en silencio con un encogimiento de hombros, y desde la habitación de Antomine provino la melodía incongruente de un reloj anunciando la hora de la cena.

“De acuerdo,” dijo Jonathan. “Supongo que estaremos aquí un tiempo. Para limpiar toda la escoria, si acaso.” El pasillo olía a muerte, y eso era algo que no querían seguir oliendo durante semanas y meses.

Regresó a su propia habitación para asegurarse de que su espada estuviera limpia y para comprobar la carga de su pistola. Cuando salió de nuevo, uno de los tripulantes arrastraba el cadáver que había caído por la escalinata. A pesar del escaso número de tripulantes en la Endeavor, Jonathan no había intentado conocerlos. La brecha entre pasajero y tripulante era demasiado grande para él, y no había tenido interés en cruzarla.

Montgomery estaba ocupado en otra cosa, pero Smythe, el grumete—cuyo nombre Jonathan finalmente logró recordar—les dio permiso para desembarcar bajo su propio riesgo. La Endeavor apenas era estable, anclada por tres cables en medio del vendaval, con una línea atada a un pequeño edificio en la palma del monumento. Jonathan se cubrió con su capa impermeable contra la lluvia y llevó a Marie a la fuerza, mientras Eleanor y Sarah se aferraban a los agarres tras él, en

tanto un aviador giraba la polea para bajarlos.

El encargado de la pequeña choza era casi invisible bajo su propio capucho, la barbilla escondida contra la lluvia y las linternas de cera que apenas ofrecían luz al comenzar. Él agitó una garra de mano hacia un sendero de madera tambaleante atado a la palmera, que serpenteaba bajando por la muñeca hasta el suelo. Los habitantes del Tirón de Danner no habían incrustado su arte en la piedra, y quizás no pudieran, por lo que toda la madera crujiente permanecía sujeta en su lugar por innumerables cuerdas y cadenas que gemían incómodamente con el viento.

“El barbero está allí abajo,” dijo el anciano en la choza, negándose a abrir la puerta más que un poco. “Entra directo hacia la torre de la campana, toma la tercera calle a la derecha. Tiene una luz roja en la ventana. Ya se fueron tus compañeros.” El encargado guardó su mano, que solo tenía tres dedos, dentro del desgastado y raído abrigo que llevaba, y la puerta tambaleante se cerró nuevamente. Jonathan frunció el ceño al mirar las tablas envejecidas, molesto por el comportamiento del hombre sin entender exactamente por qué. Sin duda, no podía culpar las indicaciones.

“Vamos,” dijo Eleanor, medio gritando por encima del viento. Su abrigo ondeaba y vibraba con énfasis mientras él ayudaba a Marie a avanzar con dificultad, Sarah caminando detrás como si no confiara en él con su compañera doncella y agente. Lo cual era una razón válida, aunque todavía no le habían dado motivo para objetarles.

Descendieron por los postes de madera desgastados, resbaladizos por la lluvia, y descubrieron que el pueblo estaba aún más desierto de lo que la tormenta sugeriría. Aquellos que habitaban en pueblos tan alejados del tramo principal eran gentes resistentes, y simplemente se cubrían contra la lluvia para seguir con sus asuntos habituales. Sin embargo, no había ni una sola alma en las calles, ni la pálida luz de las velas y hongos de refugio, ni el resplandor intenso de los relámpagos que revelara a alguien en las calles.

A pesar de la inquietud que sentía Jonathan al recorrer las calles apenas iluminadas y bañadas en lluvia, las indicaciones del anciano resultaban bastante precisas. El rojo vibrante del heliógrafo del cirujano convertía los charcos removidos en espuma carmesí, aunque en el interior estaba lo suficientemente seco. Tres miembros del Endeavor esperaban en la antesala y giraron la cabeza al abrirse la puerta, haciendo tintinear una pequeña campana. Reconoció a Jameson, el navegante, y le asintió mientras Eleanor tomaba nuevamente en sus brazos a Marie.

“¿Cómo va?” preguntó Jonathan en voz baja, aunque con siete personas apiñadas en la antesala, la privacidad era imposible.

“Dos hemos perdido,” dijo Jameson con gravedad. “El tercero está allí adentro ahora. Si sale adelante, tal vez tengamos que dejarlo aquí. No estará en condiciones para servir por un tiempo. Esas armas de nuevo modelo son peligrosas. Los demás solo tienen golpes y magulladuras, algunas cortaduras, y el Doctor Graham se encarga de ellos.”

Jonathan asintió pensativo. No era la mejor situación comenzar perdiendo a tres tripulantes tan pronto, pero siempre era más difícil predecir las acciones de la malicia que de un mundo indiferente. Si tuviera que juzgar, diría que las calles de Beacon son más traicioneras que los

pantanos de Carascorn o las tierras baldías de Kharr. Al menos allí, no lo perseguidos una vez que los había dejado atrás.

Podrían reclutar más tripulación antes de partir, aunque no en Danner's Grasp. Era una ciudad demasiado pequeña para contar con medio entrenamiento de aviones dispuesto a firmar, independientemente de la paga. Pero no podía permitirse tal pérdida en el futuro. Aunque Montgomery y el resto de su tripulación eran lo suficientemente tolerantes para trabajar con un aviador no humano, en las tribus salvajes y en los imperios decadentes, muy pocos estarían interesados en un destino así.

Metió la mano en su bolsillo y sacó una pequeña bolsa. La tarifa del cirujano seguramente acabaría saliendo de las arcas del barco, que originalmente había proporcionado él mismo, pero ofrecer algo de dinero por adelantado podría resultar en una mejor atención. Como no quería esperar a que terminara el asunto médico, entregó la bolsa a Jameson y asintió a Eleanor. Un caballero probablemente no debería dejar solas a las damas con marineros groseros, pero las damas en cuestión podían cuidarse ellas mismas mucho mejor de lo que uno pensaría.

"Asegúrese de que todos obtengan lo que necesitan," dijo, mayormente a Jameson pero en parte a toda la habitación. "Prefiero no pasar más tiempo aquí del necesario, así que atenderé otros asuntos de suministros."

"Sí, señor," respondió Jameson, y Eleanor lo hizo esperar con un gesto, por lo que él se alejó nuevamente bajo la lluvia. Solo después de respirar el aroma a piedra y lluvia del exterior se dio cuenta de cuánto le había molestado el olor a éter en la habitación del cirujano.

Su bastón golpeaba las calles vacías de piedra mientras regresaba por el mismo camino, buscando uno de los signos que había llamado su atención. Un solo toque de una campana de una torre escondida en la noche marcaba las cuartos de hora, lo cual no coincidía con el reloj de Jonathan, pero las ciudades tan alejadas generalmente ajustaban su tiempo a su propio ritmo. Todos los en la ruta del tren mantenían los mismos relojes, pero él no sabía si el Ojo de Danner pensaba que era fin de día o comienzo.

Independientemente de las horas que siguieran las personas, signos discretos anunciaban que las pocas tiendas estaban abiertas, y Jonathan se detuvo frente a la librería. Era algo inusual en un pueblo tan pequeño y aparentemente pobre, lleno de ciudadanos tan ingratos que ni siquiera miraban a los extraños que paseaban por sus calles. Entró, y el campanillo de entrada sonó más sordo que musical, mientras inhalaba el olor a cuero envejecido y papel.

No había nadie atendiendo en la entrada, lo cual parecía extraño, pero tras un momento, un anciano con un pañuelo en la cara se movió lentamente desde detrás de las estanterías. Era un estilo extraño, especialmente considerando que hacía bastante calor en la librería, pero los ancianos siempre tenían sus propias mañas. Bajo la luz verde proyectada por faroles de hongos protectores, entre su cabeza despeinada y el pañuelo, solo se veía la punta de su nariz, apuntando en dirección a Jonathan.

"¿Puedo ayudarte?" preguntó el dueño con voz áspera, llena de polvo de sierra.

“Vine con el barco,” dijo Jonathan, sin aparentar reacción alguna. “Me preguntaba si tenían libros escritos por locales. O quizás algunos antiguos. Soy coleccionista, ya sabe.”

“No,” contestó el anciano, sin mostrar emoción o énfasis alguno. Jonathan pudo ver al menos tres volúmenes en la estantería superior, claramente susceptibles de calificar, pero su instinto le dijo que no insistiera, así que simplemente agradeció al librero y salió. Una inquietud creciente le impulsó a pasear por las calles a pesar del clima, donde los relámpagos aún iluminaban y la lluvia caía con fuerza, echando un vistazo a las ventanas a medida que pasaba.

Las tiendas abiertas parecían desiertas. Aquellas cerradas tenían cortinas y persianas bajadas, pero la luz se filtraba desde las esquinas y los bordes. No parecía haber siricio en uso, lo cual era extraño incluso para un lugar apartado como Danner’s Grasp. Jonathan no sabía qué pensar al respecto, pero lo añadió a su colección de pequeñas cosas que le inquietaban. Finalmente, dobló una esquina y casi reaccionó con violencia ante la figura que vio allí, pero solo era Antomine, con su sombrero de ala ancha bien ajustado sobre las orejas y encorvado con su grueso abrigo blanco.

“Señor Heights,” dijo Antomine, con sus ojos de pupilas blancas casi brillando, ladeando su cabeza hacia Jonathan. “¿Dónde está todo el mundo?” preguntó, casi con tono apenado. “Ya es pasada la medianoche aquí y, a pesar de la tormenta, uno pensaría que alguien estaría vendiendo comida.”

“Me lo preguntaba también,” admitió Jonathan, contento de ver, por una vez, al joven de la Corona. “De hecho, solo estaba explorando, sintiendo curiosidad, caminando por las calles.” Ladeó la cabeza hacia un edificio antiguo y en ruinas, con un cartel desgastado que mostraba una jarra en el frente, iluminado por postes de hongos luminosos. “Quizá podamos encontrar a algún local que tenga un par de palabras.”

“Quizá,” dijo Antomine, inclinando nuevamente la cabeza mientras una ráfaga de viento hacía girar gotas de lluvia en su rostro. “De todas formas, estaría fuera del clima.” Él tomó la iniciativa, empujando la puerta con la arrogancia segura de quien está acostumbrado a tener autoridad. Jonathan lo siguió, observando el interior a la luz de las velas. Era escasamente ocupado y silencioso, con un total de dos hombres y el cantinero, pero eso era un montón comparado con lo que había visto antes.

Ambos clientes llevaban abrigos con capuchas profundas, y el cantinero portaba un sombrero de ala baja del cual caían unos enormes rizos castaños, fusionándose con cejas tupidas, bigote y barba, formando un rostro que era poco más que una nariz aplastada sobresaliendo de una masa de cabello. La sensación incómoda en el estómago de Jonathan creció aún más, ya que los tres los miraron a él y a Antomine, para luego apartar la vista en una sincronización inquietante.

Por mucho que Jonathan evaluara la situación, Antomine se acercó a la barra, luciendo exactamente como un joven de rostro fresco y preguntó alegremente por una bebida. A pesar de su evidente ingenuidad, ninguno de los tres relajó su postura, y el cantinero sirvió a Antomine un vaso del barril con una cortés indiferencia. Jonathan se sentó junto a él, examinando la sala y a sus ocupantes con un ojo agudo, intentando determinar qué le molestaba tanto.

“¿Notaste?” susurró al fin. “Todos llevan la cara cubierta.”

“Ahora que lo mencionas, sí,” respondió Antomine en voz baja, sonando muy diferente al joven que parecía ser. Aunque lo dijo en susurro, una tensión repentina parecía llenarlo todo, como si los clientes indiferentes los estuvieran observando en silencio. Pero no era así.

“Deberíamos regresar a la nave,” dijo Jonathan, y Antomine se giró para mirarlo. Por un momento, el joven consideró protestar, pero luego sacó una moneda del bolsillo y la dejó sobre la barra junto a la cerveza casi vacía. Ambos se dirigieron hacia la puerta, Jonathan manteniendo la vista baja para vigilar a los tres locales con la vista periférica, pero ni siquiera el cantinero pareció interesarse por su retirada.

Al salir, Jonathan casi se tambaleó por el viento. La lluvia arremetía con tal intensidad que parecía incluso mayor que antes, y las lámparas de hongos luminosos y las ventanas iluminadas por velas apenas eran visibles al cruzar la calle. La amplia sombrero de Antomine permanecía, improbablemente, en su cabeza, pero su largo abrigo ondeaba y resonaba con cada movimiento, con el cuello pegado a su cuello. Se volvió hacia Jonathan, con los ojos entrecerrados.

“Lo que sea que esté pasando aquí—”

“—no es asunto nuestro,” afirmó con firmeza Jonathan. “Somos una expedición, no un grupo inquisitorial. Puedes enviar un mensaje cuando volvamos por la línea principal.” Antomine todavía parecía desafiante, y Jonathan suspiró. “No tenemos suficiente personal ni experiencia para tratar con toda una ciudad,” le explicó. “Incluso si pudiéramos, no es nuestro trabajo.” Eso causó una mueca, pero finalmente Antomine asintió.

“Regresa a la nave, dile a Montgomery que active la señal de abordaje de emergencia, y prepárate para soltar las amarras. Sí, incluso a pesar de la tormenta. Podría ser mejor que quedarnos aquí. Voy a buscar a todos del cirujano.”

“Muy bien,” dijo Antomine a regañadientes, y se alejó a paso firme bajo la lluvia. Jonathan se dirigió en la otra dirección, apurado por las calles vacías y desconocidas hasta volver a hallar el resplandor rojizo. Al atravesar la puerta, las seis personas que había dejado estaban aún allí, pero ahora jugaban a las cartas. Él lanzó miradas mientras la lluvia se colaba por el umbral abierto, pero fue Eleanor quien captó su expresión y se levantó de un salto.

“¿El doctor? ¿Tenía su rostro descubierto?” preguntó Jonathan.

“No...” dijo Jameson lentamente. “Llevaba una máscara—”

“Entonces nos vamos,” interrumpió Jonathan, rodeando el grupo para llegar a la puerta al fondo. “Abordaje de emergencia. La tripulación todavía está allí, ¿verdad?”

“George sí,” afirmó Jameson, reuniendo las cartas y metiéndolas en el bolsillo de su uniforme.

“¿Qué está pasando?” preguntó Eleanor, al intentar abrir la puerta y encontrarla cerrada con llave.

“Algo anda mal en este pueblo, y no queremos involucrarnos,” dijo Jonathan. Golpeó la puerta por dentro y puso el oído para escuchar. Lo único que provenía del otro lado era un suave murmullo,

en un ritmo y tono que le constriñeron la garganta y le dolieron la mandíbula.

Envainó las manos en torno a la perilla y tiró. La madera crujió y el metal chirrió al arrancar el mecanismo de cierre, que cayó al suelo mientras él forzaba la entrada. Tras un pequeño pasillo, unos pocos escalones lo llevaron más allá, junto a un oscuro almacén y a la pequeña sala de operaciones en el extremo opuesto. La máscara médica del doctor descansaba sobre la mesa junto a sus instrumentos, y tanto él como su paciente giraron para mirarlo.

Sus rostros estaban en una sonrisa.

La sonrisa del doctor se extendió casi por completo hasta encontrarse en la nuca, mostrando demasiados dientes para caber en una boca humana normal. La expresión de George era casi igual de extensa, cubriéndolo hasta debajo de las orejas y exhibiendo incisivos y molares que se estiraban y comenzaban a dividirse en dos versiones idénticas de sí mismos. A pesar de sus heridas graves y su pecho sin camisa, cubierto de costuras a lo largo del estómago, se levantó de un salto de la silla.

“Dios mío,” susurró Eleanor desde detrás, mientras Jonathan retrocedía, sosteniendo su bastón con firmeza. “¿El Segundo Evangelio?”

“El Tercer Evangelio del Hombre Sonriente,” respondió Jonathan en voz baja. El primer Evangelio que había visto en Beacon era casi inofensivo, pero el Segundo y el Tercer no estaban destinados a la mente humana. “Corre.”

Eleanor se retiró apresuradamente mientras él retrocedía por el pasillo, ignorando las palabras que el doctor pronunciaba. Había una cualidad nauseabunda y seductora en el Evangelio que se estaba recitando, pero la pura realidad de la luz del sol disipaba cualquier tentación que pudiera haber sentido de escuchar. Aunque tenía la certeza de poder superar a ambos, sabía que cualquier enfrentamiento no terminaría allí y prefería no escalar el conflicto más de lo necesario.

Su pie empujó la cerradura desechada que rodó por el suelo mientras retrocedía hacia la antesala, sintiendo el viento en la espalda cuando alguien abrió la puerta exterior. Jonathan arriesgó una mirada y después volvió a volar por la puerta tras Jameson, quien al menos tenía la astucia de no protestar la retirada precipitada. Cerró la puerta con fuerza, agradecido por la ráfaga y el retumbar de la lluvia. El estruendo ahogaría el Evangelio.

—¿Qué hay de George? —preguntó Jameson, igualando su ritmo con el de Jonathan. La figura de Eleanor ya descendía medio calle abajo, prácticamente llevando a Marie con la ayuda de Sarah.

—Se ha ido —dijo Jonathan de forma tajante, señalando en dirección al puerto—. ¡Lleguen a la nave! ¡Váyanse! —Sus palabras se vieron acompañadas por acción; alargó su paso, alcanzando a Eleanor justo cuando un relámpago iluminó nuevamente la escena. La luz súbita reveló a decenas de figuras en las calles. Todos los habitantes del pueblos habían aparecido, como si una fuerza invisible los convocara, y sin sus capas, capuchas, cowlings y bufandas, era evidente que lucían esas horribles, dolorosamente anchas sonrisas.

—¡Cúbranse los oídos y corran! —bramó Jonathan, aunque no siguió ni la mitad de su propio consejo, sacando su espada de la vaina del bastón y reflexionando con gravedad que había obtenido más provecho de ella del que había esperado. Se lanzó adelante, apartando bastones, quitasoles y perchas, sin recato alguno en usar su arma. El momento de la cautela había pasado.

Como si respondieran a la tensión que se gestaba abajo, los retumbantes truenos se hicieron casi constantes, mientras relámpagos intermitentes iluminaban a las figuras convergentes del pueblo. Eran demasiadas para contarlas, pero, a toda velocidad, no lograban alcanzarlos, ya que estaban demasiado cerca del gran mano de piedra, con los pasajeros y tripulación de la Endeavor. Jonathan trepó por los resbaladizos postes de madera, a punto de caer tras ser alcanzado por una ráfaga de viento, y se dio cuenta que la choza del electricista había sido destrozada en pedazos. Aún se veía un resplendor humeante y brillante de zint, probablemente obra de Antomine.

Jameson fue el último en trepar a la plataforma irregular de la mano pétrea, mientras los gritos de arriba los recibían. Una línea de peso pesado resonó al llegar a la piedra, y Jonathan metió la vaina de su bastón a la cintura antes de agarrarla con una mano, enfrentando la cima de las escaleras con su espada. El primero de los Sonrientes en coronarlo fue, por alguna macabra coincidencia, George, quien no atacó ni intentó empujarles, sino que simplemente les sonrió ampliamente, con los brazos abiertos y recitó el primer Verso.

—En el noveno mes, cuando el reloj sonó en punto, nació en el Rey de las Sonrisas—

Jonathan lo bloqueó antes de escuchar esas palabras realmente peligrosas, y alguien en la nave jaló de la cuerda. Todos se aferraron a ella mientras subía, y Jonathan miró hacia arriba, guardando la espada justo a tiempo para atrapar a Marie, que resbalaba de los brazos de Eleanor. Por un momento pensó en dejarla allí, como si hacerlo evitara un problema futuro, pero esa era una idea sombría y completamente indigna del sol. La doncella alta y pálida gruñó, sambulléndose en el aire mientras él se aferraba a su costado herido, aunque no protestó.

Luego estaban en la cubierta más baja de la Endeavor, lejos de las palabras venenosas del Evangelio. Montgomery se encontraba allí con Antomine y sus dos guardias, quienes parecían haber sido los encargados de manejar la cuerda. Jonathan respiraba con dificultad, aunque no había notado la necesidad durante toda esa frenética huida.

—Culto del Hombre Sonriente —susurró Antomine, a medias enunciando, a medias preguntando. Jonathan asintió, aunque no estaba seguro de que llamarlos un culto fuera lo correcto. Había algo más allá de creencias blasfemas y sociedades secretas.

—Capitán, necesito tomar el control de su cañón —dijo Antomine, mientras los focos de zint iluminaban la mano de piedra y sus alrededores. A pesar de su potencia, la iluminación apenas lograba distinguir las figuras borrosas a través de la lluvia intensa. Algunos de los habitantes del pueblo estaban en la palma, aún recitando, esas palabras horribles no eran del todo audibles, pero aún así reverberaban con un eco terrible que vibraba en la nave.

“¿Qué?” dijo Montgomery, sorprendido.

“Esta ciudad ha sido infectada con secretos prohibidos,” afirmó Antomine, haciendo un gesto hacia sus dos guardias, que sin palabras formaron un cerco a su lado. “Pero con un adecuado aporte de artillería, se resolverá.”

“¿Estás loco?” inquirió Eleanor, mirándolo con preocupación. “¡Hay cientos de personas allí! No todas pueden ser como aquellos espeluznantes seguidores del Evangelio.”

“Concuerdo completamente,” afirmó Montgomery. “No deseo que mi nave sea cómplice de una atrocidad como esa.”

“Se trata de un asunto de la Inquisición,” intervino Antomine, su carácter juvenil desapareciendo para revelar al peligroso agente de la Corona que realmente era. “¿Ambos sugieren traición?” Jonathan apretó los labios con disgusto antes de dar un paso adelante para mediar.

“Si bien no apoyo en nada los excesos de la Inquisición, Mister Antomine tiene un punto,” dijo Jonathan, inclinando la cabeza hacia el joven. “Si solo se tratara del Primer y Segundo Evangelio, sugeriría un escuadrón de hombres valientes armados con fusiles y espadas. Pero con el Tercer Evangelio, nadie quedará limpio. Incluso los edificios deben ser destruidos, para que no conserven ecos de lo ocurrido.” La única otra vez que había enfrentado el Tercer Evangelio, había sido de manera mucho más agresiva, y en su lugar hoy yacía un lago profundo donde antes se extendía una aldea.

“Todavía no...” empezó Montgomery, incómodo. Jonathan le mostró empatía. Los capitanes y la tripulación de una aeronave eran hombres duros, pero pedirles que participaran en una masacre masiva era demasiado incluso para ellos.

“Mis guardias serán suficientes,” afirmó Antomine, mostrando cierta flexibilidad. “Puedes continuar con tus tareas, Capitán. Esto será una carga exclusiva de la Inquisición.” Montgomery vaciló, pero Jonathan le asintió levemente, y finalmente cedió, ordenando a sus hombres que continuaran con la limpieza.

“¿De verdad?” susurró Eleanor, enjugándose con disgusto. “¿Estás tomando partido por él?”

“Ojalá no fuera así,” suspiró Jonathan. “Pero el Tercer Evangelio es una amenaza indescrible, y estamos atrapados sin remedio, a menos que queramos ser arrojados a donde la tormenta nos envíe. Lo mejor será llevar a Marie a ver al Doctor Graham y olvidarlo.”

Eleanor frunció el ceño, pero ayudó a Marie a levantarse, disculpándose en voz baja mientras los agentes del Consejo Reflejado subían al entresuelo central. Antomine los acompañó. Jonathan fue el último, y para cuando llegó a su camarote, el ruido de los cañones Zint retumbaba en toda la nave.